

Añade que es un monstruo, que no merece mas que cólera y castigo, y, para probar que lo siente, da golpes en su pecho, como que quiere maltratar á su corazon insensato. No busca excusas; declara que es delincuente, que no tiene á quien atribuir sus desacatos y ofensas á Dios, sino á su culpa y á su grandísima culpa. Se reconoce indigno de perdon, y solo le espera por los ruegos del cielo y de la tierra: *ideo precor*; y luego hollando al amor propio, forzando las barreras de la vergüenza, y con un valor que solo puede inspirar la fe, descubre secretos que solo Dios y ella pueden saber. Yo lo repito, señor: ¿Quién sino el Omnipotente ha podido hacer tanta mudanza?

Los incrédulos nos piden milagros. Ve aquí uno, y quizá mas asombroso que la resurreccion de un muerto. El mundano no lo considera; pero el Cristiano atento lo venera, y los ministros de Dios, que son los instrumentos que lo ven con sus ojos y lo tocan con sus manos, reconocen continuamente la divinidad de una religion que sola es capaz de tales maravillas. Los penitentes en quienes Dios las hace, por un efecto aun de la flaqueza humana, nos suelen preguntar ¿qué concepto formamos de ellos? ¿si no nos parecen monstruos de abominacion?

¡Almas felices! ¡almas queridas de Dios! dejad esos importunos y frívolos pensamientos. ¿Qué concepto podemos formar, sino que sois escogidos, y que sois vasos de misericordia, en que el Omnipotente hace cosas grandes, y en que muestra á nuestros ojos la santidad y gloria de su nombre? ¿podemos pensar

mas en lo que erais? Ya sabíamos que sois hombres hechos de barro deleznable; lo que nos ocupa es ver lo que ahora sois por la gracia de Dios. Si hemos oído vuestro desarreglo es solo para admirar la paciencia de nuestro Salvador. Este valor que os da de acusaros de todo sin disimular nada, ese candor y buena fe con que declarais que vuestra mayor inquietud es no confesaros con la exactitud que deseais, esa docilidad con que recibis las instrucciones, consejos y penitencias que os damos, ese corazon, caverna antes de las mas venenosas sierpes, de las mas crueles fieras, que ya está abierto á la inocencia y á la gracia, y que no aspira sino á crecer en virtudes; ved aquí lo que nos ocupa, pues nos hace ver vuestra felicidad, y la estension de las misericordias divinas.

Yo le interrumpi para decirle: Vos alentais, padre, mi corazon abatido, que en realidad lo necesita. Vos veréis lo que nunca habeis visto, un monstruo cual nunca lo ha habido. El padre me dijo algunas palabras para tranquilizarme, y continuó diciendo: Después de haberos dicho lo que es menester para la confesion, paso á hablar de las diferentes disposiciones interiores que preparan al hombre á la conversion del corazon; porque es menester concebir firmemente que sin esta conversion no se puede conseguir el perdon de los pecados, ni recibir con utilidad la absolucion. El temor de los juicios de Dios y la fe que le inspira pueden contribuir mucho; porque, aunque sin el amor no hay justicia, aquel temor y aquella fe nos encaminan á él, por consiguiente son medios santos, útiles

y necesarios. Debemos pues con gran cuidado fomentarlos y fortificarlos en nuestro corazón; y debemos mirar el temor de Dios, que la fe nos inspira, como la primer basa de la virtud cristiana.

David decía al Señor (1): *Penetra de tu temor mis carnes; tus juicios me hacen estremecer*. Este profeta, cuyos cánticos respiran el amor mas vivo de su Dios, pide que sus carnes sean penetradas de temor, sobre todo del temor de sus juicios, y de los castigos que reserva á los transgresores de su ley. Jesucristo, que es el autor y consumador de nuestra fe, nos dice: Temed al que puede entregar el alma y el cuerpo al tormento del fuego que no se estingue. Este soberano Maestro no omite el proponernos el temor como motivo de la resolución con que debemos arrancarnos el ojo, ó cortarnos el brazo que nos escandalizan; porque mejor es, nos dice, entrar en la vida con un ojo ó un brazo menos, que ser arrojado á las llamas eternas con los dos. Es verdad que su religion es de amor y caridad; pero, sin dejar de encendernos en tan divino fuego, es menester no olvidar los motivos justos que él mismo nos propone.

El concilio de Trento nos dice (2): « Los hombres » se preparan á la justicia, cuando, habiendo sido » excitados y ayudados por la gracia, y persuadidos » por la fe, se dirigen á Dios con libre movimiento » de su voluntad, creyendo las verdades que Dios ha » revelado, sobre todo que el pecador se justifica por » la gracia y redencion de Jesucristo; y cuando, ha-

(1) *Psalm. cxviii, 120.* (2) *Sess. v, cap. vi.*

» ciendo ellos reflexion de que son pecadores, movidos » por el temor de la justicia divina, se vuelven á con- » siderar su misericordia, y animados de esta espe- » ranza confían en ella, y esperan que Dios querrá » perdonarles sus pecados por los méritos de Jesu- » cristo, y reconciliarlos con él». Observad, señor, que el concilio no separa el temor de la esperanza, y que no hace de los dos mas que un movimiento, cuyo principio es el temor y la esperanza el fin; y observad tambien la graduacion con que se eleva el alma hasta la conversion del corazón.

La gracia empieza, porque, segun nuestra fe, todo buen movimiento viene de Dios y de su gracia. Esta gracia es interior ó exterior. La interior es el estímulo del corazón que desea instruirse de lo que debe hacer para convertirse á Dios. La instruccion misma es la gracia exterior, y el anhelo y cuidado de aprovecharse de ella es su efecto. El primer fruto de esta gracia es que la fe nazca en el que no la tenia, ó que resucite ó despierte en el que la tenia muerta ó dormida.

En efecto el concilio añade que esta fe es el principio de la salvacion, la raiz y fundamento de toda justicia; ¿y por qué? porque nos descubre á un tiempo nuestras obligaciones y nuestras faltas, lo que debiéramos ser, y lo que somos, las dichas que perdemos, y los castigos que nos amenazan, y sobre todo que podemos salir de tan mal estado por la gracia y redencion de Jesucristo.

El temor pues es un don sobrenatural de la fe; pero la fe no le propone nunca sin la esperanza, porque

desde que el alma siente la inquietud que la agita busca el remedio que la tranquilice. El infeliz que en medio de las olas teme por instantes la muerte, no se acogerá con mas ardor al leño que puede salvarle del naufragio, que el pecador se acogerá al de la cruz, que es el que la fe le presenta; y cuanto mas vivo y penetrante sea su temor, tanto mas se entregará á los motivos de confianza que debe tener en Dios por Jesucristo.

Yo quiero suponer que ama todavía el pecado. Figuraos, señor, el hombre mas disoluto; que Dios le penetre en un instante con la luz de la fe, que esta le muestre el horror de su conciencia y el castigo que le espera, que vea al infierno bajo de sus pies, y oiga tan vivamente como San Gerónimo la trompeta espantosa que pregona, *levantaos muertos, y venid á juicio*; quiero suponer que no se haya mudado ni convertido; pero, si no es mas detestable que un demonio; si no dice, como Cain, mi pecado es demasiado grande para merecer perdon, es imposible pensar que cuando estos terribles pensamientos ocupan su espíritu la pasion mantenga su antigua fuerza.

¿Por donde empieza el pecado, y por donde acaba? Apartaron los ojos para no ver el cielo, ni acordarse de los juicios de Dios, dice la Escritura, hablando de los infames viejos que calumniaron á la casta Susana, y se puede decir lo mismo de todos los pecadores. ¡Cuántos combates cuesta el primer delito! ¡cuántos baldones nos hace el corazon despues de haberle cometido! ¡Ojalá los hubiéramos escuchado,

y que su impresion hubiera sido mas fuerte que la pasion que nos arrastró hácia él! Pero el pecado, haciéndonos olvidar sus repetidos ataques, los ha desterrado, y entonces nos quisiera persuadir que quizá la religion y sus terrores son una quimera. Lo peor es que quisiéramos hallar razones para creerlo. ¿Y por qué? Porque es difícil que el pecado se halle junto con aquel temor; y de aquí nace que, si por haberle perdido hemos caído en la culpa, es menester recobrarle para levantarnos.

Es cierto que el temor solo, aunque sea loable, no convierte el corazon, porque no muda la voluntad, y solo suspende sus actos; pero, ¿porque el temor solo no haga toda la obra, se sigue que no tenga parte en ella? Supongamos una alma que el temor abate, que en su primer terror no ve en la enormidad de sus delitos mas que la proximidad de sus castigos. Ya he dicho que es imposible que no vuelva los ojos á la misericordia; pero puede ser que esta esperanza sea débil, que no se la presente sino como desde lejos, y los castigos tan de cerca, que ya van á caer sobre ella; pregunta aterrada si puede confiar en la misericordia que tanto ha despreciado; no duda que es infinita; pero no se atreve á esperar por lo mismo que teme con estremo.

¿Qué es lo que la dice la fe en esta desolacion? Espera. El mayor de tus delitos fuera desesperar de la misericordia sin término. Y cuando ve que el mismo Dios que la atemoriza no solo la permite, sino que la manda esperar en su bondad; cuando

considera que estos mismos terrores que la acobardan vienen de su mano, porque Dios no la espantara si no quisiera llamarla; que todos estos golpes son dones suyos, y el mayor fundamento de la confianza; cuando en fin la fe la presenta todos estos objetos de consuelo, como entonces nacen de sus temores sus esperanzas, empieza á estimar y bendecir á estos mismos temores.

Así pues el temor y la esperanza luchan por hacerse dueños de aquél corazón que la fe les ha puesto en las manos, y le hacen sentir un combate que cuanto es mas penoso le parece mas dulce, porque cuanto mas le penetran, mas se entrega al dolor. Las lágrimas corren, los sollozos se atropellan, las postraciones acompañan á la oracion y á los gemidos, y el alma no encuentra otro consuelo que abrir todas las puertas á las espresiones de su dolor. La felicidad, la dulce paz de los justos se la representa vestida de toda la calma y serenidad de que ella misma aun no goza; la compara con las angustias voraces que la devoran, siente la diferencia, envidia la suerte, y se promete imitar sus ejemplos.

Desde aquel instante ya no ve mas que delirios y tribulaciones en los caminos de la corrupcion, se asombra de haber podido estar tan ciega. Si no ha roto ya sus cadenas, á lo menos siente su peso, reconoce su fealdad, y levanta los ojos al Omnipotente, para que las rompa con su mano fuerte, y la ponga en estado de cantar en su gloria el cántico de su libertad.

¿Quién podrá decir que un temor de esta especie no obre sobre el corazón, y no le disponga á la justicia? Lo que yo sé es que la fe cristiana no puede inspirar otro; y si sus movimientos no son siempre tan vivos, siempre son de la misma naturaleza. Confieso que es menester algo mas que éste temor de los juicios de Dios para producir la conversion entera del corazón del pecador, y que nazca en él la justicia, porque esta solo puede producirla el amor; pero, ¿es menester romper la tierra, y que el arado la prepare antes que reciba la simiente? Pues yo digo que nada puede romperla tan bien como este santo temor que produce la fe.

Pero, padre, para eso seria necesaria una fe muy viva; y si apenas la tienen los justos, á quienes el amor inflama, ¿cómo pueden tenerla los pecadores, que solo estan animados del temor? Sin duda, me respondió, que la fe debe ser viva, esto es, fuerte y activa. ¿De qué puede servir una fe muerta y sin accion? Pero, ¿de quién depende que la fe no sea viva? No seguramente de la santa religion que seguimos, no del nombre de Cristianos que tenemos, ni del juramento que hicimos de conservarla tal como la recibimos. La Iglesia no nos la dió muerta, ni nos la dió para hacerla morir en nuestras manos.

Sin duda la fe debe ser viva. ¿Y porqué no lo es? porqué no nos causamos de darla golpes mortales, ya con desórdenes de toda especie que nos ciegan hasta el punto de que creamos que nuestro interes es perderla, ya con conversaciones impías y licenciosas,

en que solo buscamos el modo de confirmar las dudas que han hecho nacer las pasiones, y en fin con lecturas tan disolutas como irreligiosas, tan capaces de corromper el espíritu como el corazón; ¿y despues de esto podemos estrañar que nuestra fe no sea viva? ¿Y cómo puede serlo cuando hacemos cuanto podemos para sofocarla, cuando se hace casi gala de no tenerla, ó á lo menos se aparenta así por vanidad? ¡Es cosa triste, señor, que este vicio insensato quiera ser hoy una gala de moda!

Hombres sin freno ni instruccion quieren ser maestros, y enseñar su incredulidad á los infelices pecadores á quienes aflige su conciencia, y desearan desembarazarse de la religion, tan ignorantes como sus discípulos, pues en toda su vida no han dado un cuarto de hora de atencion á lo que debiera ser el único estudio del hombre. Hablan de los objetos mas sagrados, y deciden con autoridad. Una chanza, una ironía, un chiste son todas sus demostraciones; ¿y cómo pudieran tener otras? Pero la ignorancia de los unos y de los otros se satisface con esto. Se rien de aquellas bufonadas, y aplauden aquellos dichos insensatos, cuando bastaria una razon modesta con poca ciencia para oírlos con extremo desprecio. Y despues de esto vienen á decirnos que su fe no es viva. ¿Cómo puede serlo? Lo que debe sorprender es que no haya desaparecido del todo.

Si alguno viniera á decirme que su fe no es viva, yo le preguntara ¿y qué es lo que haces para que lo sea? Yo quiero suponerle muy lejos de los excesos

qué acabo de censurar, y que tienes fe y religion; pero pasas toda tu vida en el juego, en los teatros y en las diversiones. Y si la fe apenas vive en el justo que no omite nada para sostenerla, y hacerla vivir con el retiro, santas lecturas, meditacion, oraciones, vigilancia y mortificacion de sus sentidos, ¿cómo es posible que viva en tí, que por un lado te entregas desmedidamente á todo lo que puede matarla, y por otro nada haces de lo que pudiera darla vida?

Que se nos pregunte despues de esto ¿qué mal hay en esta vida ociosa, tejida casi toda de placeres, de afanes inútiles, de adornos, galas, conversaciones frívolas, y disipaciones de toda especie? ¿Qué mal, señor? El mayor, el mas terrible de todos, que es dar muerte á lo que debe ser el principio de la vida, á la fe de que vive el justo, y sin la cual todo está muerto á los ojos de Dios.

¡Tu fe no es viva! ¡y porque no lo es, te atreves á añadir muerte á muerte! ¡porque no lo es, como si temieras que vuelva á revivir, trabajas en cortarla las raices mas pequeñas, y no dejarla una reliquia de resurreccion! Si estando tan muerta, todavía te da esos latidos con que te estremeces, y si con sus gritos hace que la escuches y la temas; si, aunque muy débil para convertirme, es bastante para inspirarte algunas veces el deseo, y te obliga á dar como de por fuerza algunos pasos hácia el bien, ¿qué no hiciera si la dejaras la libertad de obrar sin sujecion, si te contentaras con no resistirla y dejarla obrar?

Pero tú no lo quieres , porque conoces que tomaria mucho ascendiente sobre tí. ¿ Y te sienta bien venir-me á decir que tu fe no es viva ? ¿ Es culpa suya ó tuya ? Deja de resistirla , no combatas contra ella , no la mates , y verás que como es el principio de la vida y de la inmortalidad , se vuelve á animar de nuevo para conducirte derechamente por el camino de la vida eterna.

La verdad es , señor , lo que el concilio nos dice : Los hombres se disponen á la justicia por la fe , que les inspira temor de los juicios de Dios , y este temor obligándolos á volver los ojos á la misericordia , los eleva hasta la esperanza. Este es el orden que Dios ha establecido para la conversion del pecador , y es menester seguirle con fidelidad. Cultivemos con aplicacion las impresiones preciosas de la fe , huyamos con cuidado de todo lo que hasta ahora las ha debilitado ó las ha hecho inútiles. Sostengámoslas con el retiro , la oracion , las lecturas santas ; y la semilla de la fe , como el grano de mostaza , aunque al principio sea la menor de las semillas , crecerá hasta hacerse un árbol grande. Lo esencial es no oponerse á lo que ella puede hacer ; si los que se quejan de su poca fe consultaran su propia conciencia , ella les responderia del mismo modo.

Pero , padre , ¿ cómo es posible conciliar ese temor con la confianza ? Por otra parte me parece que si el pecador , viendo los excesos de su vida , no puede desprenderse del temor , el justo , el que siempre ha vivido en la inocencia , no debe tener mas que con-

fianza. ¡ Ah ! si yo volviera á vivir de nuevo , yo creo que seria de modo que no tuviera las inquietudes y terrores que ahora me devoran. ¡ Qué , señor ! me respondió el padre , vos no podeis conciliar el temor con la confianza , y yo no veo como pueden separarse , si se entiende bien el objeto de entrambos.

El que examine sólidamente nuestra religion divina hallará que jamas podemos ni tenemos nada que temer de parte de Dios , y que debemos temerlo todo de parte de nosotros mismos. Dios es soberanamente bueno , es la bondad misma : si es terrible en su justicia , es porque le forzamos á serlo ; nunca lo es sino de nuestra parte. Dios ama las almas que ha criado á su imagen , segun la espresion de la Escritura ; y porque las ama , quiere que todas se salven , y lleguen al conocimiento de la verdad. Pero si de parte de Dios nada tenemos que temer , de la nuestra lo debemos temer todo. Es imposible en la religion separar estos dos objetos.

Asi el justo teme , porque puede tropezar y caer , á causa de que por sí mismo no es mas que corrupcion y flaqueza. El pecador teme , porque no puede levantarse él mismo de sus pecados ó caidas , ni puede por sí evitar los justos castigos que merece. Uno y otro deben desconfiar de sí mismos. El justo debe dar gracias , orar , velar , andar con atencion , mortificar sus sentidos , y guardar su corazon con no interrumpida solicitud. El pecador debe afligirse , implorar , gemir , recordar los desórdenes de su vida en la amargura de su corazon , avivar su fe , y llenarse

de temor con la vista de los fuegos inextinguibles. Como el uno está por tierra, y el otro puede resbalar, la fe dice á los dos: *Satagite, contendite*; haced cuanto podais, ó para sosteneros ó para levantaros.

Pero vos, señor, que hallais tan difícil conciliar el temor con la confianza, decidme: si Dios os aseguraba hoy por el ministerio de uno de sus ángeles, que habia perdonado todos vuestros pecados, y que os daria la felicidad eterna, ¿estariais seguro entonces de vuestra dicha? Yo respondí: sin duda, padre; y si pudiera estar cierto de que no era ilusion, seria un delito no estarlo. Pues yo os digo, replicó el padre, que vos no estariais mas seguro entonces de lo que hoy estais de su misericordia, y que no es posible que lo esteis mas. Porque ¿cuál seria entonces el fundamento de vuestra seguridad? Sin duda la palabra de Dios y la verdad de sus promesas. Pues su bondad y su misericordia no son menos ciertas, ó, para decirlo mejor, la verdad de sus promesas y su misericordia no son dos cosas diferentes. Y porque hoy no os propone mas que su bondad por motivo, porque quiere que el sacrificio sea entero, porque exige que su bondad sola os excite esta confianza, ¿vos no le ofrecereis este sacrificio de justicia?

Padre, le dije yo, ¿qué confianza puede tener aquel que ha pasado una entera y larga vida en un diluvio continuado de iniquidades, y aquel cuyos pecados se han multiplicado mas que los cabellos de su cabeza? Si Dios me ve como yo me veo, no puedo ser á sus ojos mas que un objeto de cólera y de furor.

¿Si

¿Si Dios os ve? respondió el padre; sin duda que Dios os ve, mil veces mejor de lo que vos podeis veros, ¿y que fuera de vos si permitiera que vos os vieseis como él os ve, ó tal cual sois?

Pero, ¿os figurais, señor, que Dios busca en el hombre lo que es ó lo que ha sido para ejercer su misericordia? El corazon humano es todo corrupcion, y la vida menos delincuente no pudiera inspirar el menor fundamento de confianza. Y ve aquí otro caracter de nuestra flaqueza. El hombre no quiere contar con su Dios absoluta y exclusivamente, no puede resolverse á no contar tampoco consigo mismo. ¿Y qué resulta de esto? Que, como cuanto mas examina, tanto mas descubre en sí miseria y corrupcion, tanto mas tambien se turba y desalienta. Dejemos pues estos vanos terrores, estas injustas desconfianzas, que no inspira la fe, y que ella misma debe someter y reglar. Lejos de que el conocimiento de nuestras miserias deba acobardarnos, él debe animar nuestra confianza para esperar en la bondad divina; porque, ¿quién sino Dios nos ha dado este conocimiento?

Yo encuentro sobre este asunto en la Escritura una reflexion que me parece llena de razon y buen sentido. El ángel del Señor se muestra á Manué, padre de Sanson, y le anuncia que tendria un hijo. Manué, que no le conoció, le pide que espere un momento para asistir al sacrificio que va á ofrecer á Dios en accion de gracias; y cuando el fuego estuvo bien encendido, el ángel se metió entre las llamas y desapareció. Manué y su muger asombrados caen por

tierra el rostro contra el suelo, y él dice : Preparémonos á la muerte, porque hemos visto á Dios. Este discurso no era digno de un buen Israelita ; pero su muger con mas razon le responde : ¿ Si Dios hubiera querido matarnos nos hubiera hecho ver todas estas cosas ? Lo mismo debe decirse á aquellas almas que por un movimiento natural se turban y se abaten.

Porque, señor, ¿ quién es el que os ha dado este conocimiento que hoy os agita tanto ? ¿ le tenia vuestra alma en aquel tiempo en que hebais pecado como el agua ? ¿ cuando os parecia que solo vos teniais razon ? ¿ cuando disputabais con tanto orgullo contra las máximas del evangelio ? ¿ cuando en fin cerrabais los ojos con tanta obstinacion á las mismas luces que hoy os descubren los errores y delitos de vuestra vida ? ¿ Quién pues os ha abierto los ojos ? ¿ quién os ha dado estas luces ? ¿ Erais mejor ? ¿ veiais mas cuando no las teniais ? ¡ Y qué ! porque ahora Dios os ha hecho conocer vuestro estado, porque os ha hecho sentir vuestra flaqueza y miseria, porque no os deja ignorar la necesidad que teneis de su socorro, en fin porque estais desengañado, y no podeis disimularos que no podeis nada sin su gracia, ¿ os dais por perdido, y no veis el modo de tranquilizaros ? ¿ vos decís que vais á morir porque habeis visto al Señor ? Pero, ¿ Dios se deja ver de aquellos que quiere perder ? ¿ y este mismo conocimiento que os da del abismo de vuestras miserias no es señal de que las quiere perdonar ?

¡ Señor ! las inquietudes y terrores cuando los mira

el pecador con este espíritu ; cuando, lejos de querer escondérselos, procura penetrar con los ojos de su dolor hasta lo mas íntimo de su conciencia, en lugar de desalentarse con la funesta vista de sus llagas, el sentimiento de su propia flaqueza hace que se arroje con mas fuerza en los brazos de Dios, y dice como la muger de Manué : ¿ Si hubiera querido perderme me hubiera mostrado todo esto ? ¿ porqué me perdí, sino porque me obstiné á no verlo ? Así, señor, el verdadero penitente se eleva del temor á la esperanza, de la esperanza al amor, y el amor consume la justicia. La fe empieza la obra, y la misma fe con la caridad la perfecciona.

Hoy hemos hablado del temor y de la esperanza, y uno y otro no son mas que los medios para llegar al fin. Hay otro que es mas inmediato, mas eficaz, y tan necesario, que sin él, como ya os he dicho, no se puede conseguir la conversion perfecta del corazon, este es el amor. Ved aquí, señor, lo que seguramente justifica al pecador ; ved aquí lo que le muda de esclavo del demonio en hijo de Dios, lo que le restituye todos los bienes y derechos que le dió el bautismo, y en fin lo que le hace heredero de Jesucristo, y compañero de los espíritus celestiales.

Pero, como el amor tiene diferentes grados, mañana trataremos de este asunto. Espero que no olvidaréis el nuevo orden que nos hemos propuesto. Por la mañana vendré á ayudaros en el exámen, y por la tarde hablaremos del amor. Yo repetí mi reconocimiento al padre, y con esto se retiró. Te ase-

guro, Teodoro, que este padre es un ángel de Dios; yo no puedo dudar que ha venido del cielo para ayudarme. No puedo explicarte que consuelo da á mi corazón. Discurre que fuera de mí sin sus consejos y reflexiones. Cuando considero la diferencia que hay de él á mí, á ti y á todos los que viven tan ciegos, me parece que hay mas distancia que del cielo á la tierra. ¡Ay, Teodoro! ¡qué diera yo por verte con él! A Dios.

CARTA XXIII.

EL FILÓSOFO A TEODORO.

QUERIDO Teodoro: ¡Qué necios somos los infelices, cuando, enredados entre las cadenas de los vicios, no conocemos mas que los placeres groseros que ellos presentan! Si tú pudieras comprender el regocijo y la satisfaccion que esperiménté la mañana de este día, cuando, despues que estuve con el padre, ví que con la ayuda de sus esfuerzos quedaba desenmarañada y puesta en órden la primera época de mi tenebrosa vida, comprendieras tambien que hay placeres morales, placeres del corazón, que la carne y sangre no pueden experimentar jamas.

¡Ah! que los hombres que gobierna el espíritu de Dios son muy superiores, ó, para decirlo mejor, de un órden mas elevado que los que viven segun el espíritu del mundo. Anda á ver esos filósofos profundos, esos genios brillantes, esos espíritus sùtiles, que hablan con tanto fausto, que disputan con tanta arrogancia, y fascinan la razon de los fatuos con su oropel engañoso; mas cuando llega un momento crítico se conoce su inutilidad y su falacia. Ponlos cerca de la muerte, ó entre las aflicciones y dolores, y busca sus auxilios, y entonces son nada, sus socorros son fùtiles, y sus consuelos vanos.

Al contrario estos hombres de Dios, sencillos, modestos, con trage humilde y espresion moderada,